España

ORGANO DE LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION

SE PUBLICA LOS SABADOS

Redacción y Administración: Tacuba, 15

Director: MANUEL ALBAR

PRECIO: 25 CENTAVOS

Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, con fecha 22 de febrero de 1944.

Año II | México, D. F., 17 de Febrero de 1945 | Núm. 54

DESPUES DE LA REUNION

¿QUE SE PIENSA DE ESPAÑA?

Si alguna prueba era todavía necesaria para que el caudillo fuera repudiado por la opinión internacional la ofrece, y bien cumplida, la carta ya famosa dirigida a Winston Churchill en noviembre del año pasado y en la cual el caudillo exponía su idea magnífica de crear un bloque de naciones occidentales contra Rusia. Una especie de Santa Alianza que, en nombre de la Cristiandad, aplastara la hidra del comunismo. ¡Qué admirable concepción política! Y todo ello movido por el caudillo, soldado de la cruz y misionero de la espada, como San Ignacio. Pero los sueños del caudillo son fugaces y se desvanecen fatalmente cuando canta el gallo de cada aurora. Este, sobre todos, es un sueño que va a dejarle recuerdo amargo, aunque el secreto en que Winston Churchill ha guardado el asunto durante más de dos meses le hiciera abrigar la esperanza de que su picardía contaba con el tácito asentimiento del primer ministro británico. Ese silencio es, precisamente, el que ahora sorprende más a los periódicos ingleses, sin que —justo es reconocerlo sin demora— ninguno de ellos sea capaz de sospechar que Winston Churchill haya prestado nunca la menor atención a las sugerencias del botarate que deshonra a España. Todo lo contrario: su repulsa fué clara y terminante. De alguna manera, sin embargo, hay que explicarse el silencio de Mr. Churchill. Nosotros nos lo explicamos —no para aplaudirlo, ciertamente— como una consecuencia de la estrategia que, respecto a Franco, viene siguiendo el gobierno inglés, o, para ser más precisos, Mr. Churchill y sus compañeros conservadores de Gabinete. Winston Churchill cree —o creía en noviembre del año pasado— que Franco es un peón aprovechable aún en el juego diplomático que le conviene a Inglaterra. ¿Lo sigue creyendo ahora, después del escándalo suscitado por la publicidad de la carta? En todo caso Winston Churchill, que suele confundir —y ese es su defecto— los intereses de Inglaterra con los del partido conservador, no ha ganado prestigio ninguno con la ocultación.

Pero lo que tiene importancia para nosotros es que la divulgación de esa carta de Franco significa, lógicamente, el entierro de todas las ilusiones del caudillo. ¿Ha sido objeto de examen en la conferencia de Crimea el caso de España? Debemos suponer que sí. Y si lo fué ¿qué razones podían ofrecérsele a Stalin para tolerar la contemporización con el caudillejo? Toda la política de Franco, cínicamente totalitaria al comienzo, hipócritamente neutral después, se descubre en ese documento del que Mr. Churchill ha sido durante unas semanas depositario. En él culmina la doblez del fantoche falangista, repelente ya por sus crímenes, pero intolerable además por su espíritu de traición. Si es cierto que los acuerdos de Crimea revelan una completa identificación de criterio entre las tres grandes naciones que dirigen la guerra, Franco está sentenciado y la sentencia ha de cumplirse sin tardanza. Lo contrario sería prolongar una situación que nadie acierta a explicarse honradamente.

Sin embargo, llama a extrañeza el hecho de que, al mismo tiempo que los tres presidentes aliados se reunían en Crimea y tomaban acuerdos, una Comisión de Compras de los EE. UU. hiciera acto de presencia en España para negociar con el gobierno franquista la adquisición de frutas y legumbres en gran cantidad. Los motivos que para ello se invocan no son válidos desde ningún punto de vista. Si hay hambre en Francia, en Bélgica y en Holanda, no lo hay menor en España, sometida desde hace seis años a un saqueo constante en beneficio de los alemanes. Tal vez con la compra de artículos españoles se remedie en parte —en mínima parte— la escasez de los países liberados, pero será a costa del hambre de los españoles, que siguen sin liberar. El único que realmente se beneficiará con ese comercio es Franco, no sólo porque a través de las negociaciones se revalidan tácitamente sus pretendidos títulos de legalidad, sino porque se refuerzan sus recursos financieros y le permiten continuar la trágica farsa de su régimen. La única política clara y segura que se debe seguir con el gobierno franquista es la de negarle toda beligerancia, como están haciéndolo ya los países de América, dando ejemplo a las grandes naciones, cuyo papel rector no han sabido cumplir. Cuando menos no han sabido cumplirlo respecto a España. La declaración que ha puesto fin a la conferencia de Crimea ha tenido la virtud de reavivar esperanzas y entusiasmos que parecían muertos después del fracaso en que se diluyó la Carta del Atlántico. ¡Ojalá esta nueva llamada a la ilusión de los pueblos no se traduzca en un nuevo desaliento!

LA JUNTA ESPAÑOLA DE LIBERACION ANTE LA DECLARACION DE CRIMEA

La Junta Española de Liberación al examinar los acuerdos adoptados en Crimea por Winston S. Churchill, Franklin D. Roosevelt y J. Stalin, que hoy se han hecho públicos, registra muy complacidamente que el problema español podrá ser resuelto sin nuevos derramamientos de sangre mediante el sistema establecido por uno de esos acuerdos de los representantes de Gran Bretaña, Estados Unidos de América y Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, o sea el de "concertar durante el período transitorio de inestabilidad en Europa liberada los procedimientos de sus tres gobiernos para ayudar a los pueblos liberados del dominio de Alemania nazi y a los antiguos satélites del Eje en Europa a fin de que resuelvan por medios democráticos sus urgentes problemas políticos y económicos". Suficientes razones habría para considerar a España incluída en el primero de dichos dos conceptos, pues el régimen despótico allí vigente sólo pudo establecerse merced al auxilio militar de Alemania nazi y al de Italia fascista, pero si sutilezas diplomáticas, reñidas con patente realidad histórica, lo rechazaran, en cambio ninguna alegación cabría discurrir para negar la inclusión en el segundo concepto, ya que España fascista ha sido satélite del Eje, en lo subrepticio mediante auxilios incompatibles con una neutralidad efectiva, y en lo público a través de imborrables declaraciones del general Francisco Franco.

"El establecimiento del orden de Europa y la reconstrucción de la vida nacional —sigue diciendo la declaración de Crimea— deben lograrse por procedimientos que permitan a los pueblos liberados destruir hasta los últimos vestigios del nazismo y el fascismo y crear instituciones democráticas de su propia elección". Tales vestigios no se destruirían en Europa si subsistiera el falangismo español, hijo del nazismo alemán y del fascismo italiano. Y es notorio que constituiría abominable simulación fingir el nacimiento de instituciones democráticas alumbradas por la tiranía. El primer paso en el pacífico camino señalado desde Crimea para que España recobre su libertad, será quitar de en medio el obstáculo de la dictadura franquista, bastando para barrerlo que los tres signatarios de la declaración coincidan en la actitud, firmísima en uno de ellos, de no sostener relaciones con quien, gracias a la cooperación de otros déspotas hoy en derrota, pudo anular los sagrados derechos que hacen del individuo un ciudadano al investirle de auténtica dignidad humana.

Inglaterra y Estados Unidos, mas todas las naciones en lucha por la democracia, deben solidarizarse con la conducta que a ese respecto siguen en Europa la URSS, y en América México y Guatemala. Así serán congruentes con postulados que hoy ratifican y sin otro esfuerzo que un gesto de repulsa hacia el despotismo opresor de nuestro pueblo lograrán que, cuando el próximo abril se reúnan todas en San Francisco de California para estructurar el mundo sobre cimientos de paz, haya desaparecido el oprobio franquista.

México, D. F., 13 de febrero de 1945.—Alvaro de ALBORNOZ.—Antonio María SBERT.—Félix Gordón ORDAS.—Carlos ESPLA.—José MASCORT.—Alejandro OTERO.—Indalecio PRIETO.

Franco en la picota

"El Daily Herald" y la carta del caudillo

EL DIPUTADO COFFEE ACUSA AL FALANGISMO

LONDRES, Febrero 12. — El periódico laborista "Daily Herald" atacó hoy la "Diplomacia Secreta" del Ministerio de Asuntos Extranjeros de la Gran Bretaña en un editorial que habla del intercambio de "Cartas Privadas" entre el caudillo español Francisco Franco y el Primer Ministro Winston Churchill.

El público—dice el "Daily Herald – ignora que Churchill, en su respuesta, le da un parón a Franco y agrega que la parte extraña de este "relato con un desenlace feliz" es que nunca hubiera llegado al conocimiento del público si no fuera por la diligente labor de un periodista norteamericano. "Hubo una filtración, y gracias a ella llegamos a saber que Churchill, afortunadamente reconsideró su política sobre los problemas iberos".

"La noticia recorrerá el mundo. El prestigio de la Gran Bretaña aumentará. El temor latente de que nuestro Ministerio de Asuntos Extranjeros emplearía su influencia para sostener en el poder a un régimen español nada democrático, recibirá un rudo golpe", añade.

La carta de Franco "fué enviada a Londres con el Duque de Alba (Embajador Español en Londres), con toda la pompa, la cortesía, la reserva de la diplomacia del viejo mundo".

En una forma similar, Felipe Segundo debió haber comunicado sus deseos íntimos a la reina Elizabeth...

Lo único que constituye un misterio es el por qué el Ministerio de Asuntos Extranjeros no comprendió la conveniencia de dar publicidad a este asunto. ¿Por qué habría de permitirse a un advenedizo español sostener correspondencia privada con el Primer Ministro británico? ¿Por qué habría de ocultar el Primer Ministro estos hechos? No es su costumbre...

Luego, el "Daily Herald", humorísticamente, dice que nadie se ha podido explicar por qué Franco no ha recibido una invitación formal para participar en la junta de los "Tres Grandes" y termina con estas palabras:

"Sugerimos que nuestro Ministerio de Asuntos Extranjeros adopte nuevas normas en sus costumbres. Esta es una nueva época en la que el intercambio de comunicaciones confidenciales entre los Estados sobre alta política constituye un anacronismo tan significativamente desagradable como lo es el Duque de Alba".

El Diputado Coffee acusa al Cónsul falangista Castaño

WASHINGTON, febrero 13. — El diputado demócrata John Coffee, afirmó hoy que José Castaño, cónsul español en Manila, "tiene tintas las manos con sangre de millares de norteamericanos" y exigió que el Departamento de Estado declare que el diplomático español no es persona grata.

Tildando a Del Castaño de "fascista y asesino", Coffee dijo que la medida que pide "allanará el camino para que las autoridades militares norteamericanas aprehendan y encarcelen al cónsul falangista".

Dijo Coffee que cuando los japoneses ocuparon a Manila, se pidió a todos los cónsules extranjeros que prepararan una lista de los norteamericanos a quienes se consideraba "muy peligrosos para el Eje". El único diplomático que consintió fué José del Castaño.

"¿Es necesario que narre yo—preguntó Coffee a los miembros del Congreso— el trágico destino de todos los norteamericanos que figuraban en la lista que formó Del Castaño, quien posteriormente fué aprehendido por los mismos japoneses, cuyos excepcionales valores humanitarios despertaron la admiración de Falange, a la cual pertenece Del Castaño?"

Indicó Coffee que el Gobierno de los Estados Unidos conoce los hechos "con grandes pormenores", y añadió que los oficiales del servicio de Inteligencia agregados al Estado Mayor del General Douglas MacArthur en Manila, están enterados también de las acciones pasadas de Del Castaño.

"Pero, ¿cómo podemos tener la esperanza de que las autoridades militares norteamericanas de Manila aprehendan a José del Castaño, si ese asesino está protegido por su inmunidad diplomática?", preguntó Coffee.

"Tenemos que proceder rápidamente —recomendó a los miembros del Congreso—. Mientras se permita a Del Castaño andar libremente por Manila, mientras pueda enviar mensajes cablegráficos y telefónicos en clave a la terminal española del Eje Berlín-Tokio-Madrid, los norteamericanos muertos en el Batán seguirán sin venganza, y los que viven en Manila estarán amenazados".

Coffee habló de la próxima Asamblea de Repúblicas Americanas que se efectuará en la ciudad de México, e indicó que los delegados ibero americanos están "estudiando las peticiones de grandes sectores de sus respectivos pueblos, de que se pronuncien en favor de una ruptura diplomática de todos los países del Continente, con el Gobierno nazifalangista del generalísimo Francisco Franco".

Al ensalzar a Guatemala por su reciente ruptura con Franco, Coffee dijo que "en Chile, Cuba, Colombia y Uruguay, lo mismo que en muchos otros países iberoamericanos", los pueblos están cansados de los grupos de individuos como Del Castaño, que disfrutan de inmunidad diplomática para socavar la libertad y la democracia desde Manila hasta Panamá y Montevideo."

"Los pueblos democráticos de Iberoamérica necesariamente verán la captuza de José del Castaño como barómetro de nuestra sinceridad en la presente guerra contra el fascismo".

"Aprehendamos y hagamos comparecer ante la justicia a Del Castaño, criminal de guerra del Eje, antes que comience la junta de la ciudad de México y así los delegados verán que por fin hemos dejado de tratar a la facción española del Eje Berlín-Tokio-Madrid con los guantes de seda del apaciguamiento", terminó Coffee.

La estancia del General Batista en México

Le obsequió con una comida la Junta Española de Liberación

Durante algunos días el general Fulgencio Batista, ex presidente de la república de Cuba, ha sido huésped de México, una escala más en el viaje que el general viene realizando por todo el Continente. La Junta Española de Liberación quiso demostrar sus simpatías al ilustre visitante y, al efecto, organizó en su honor una comida que se celebró en el restaurant "Ambassadeurs" el pasado día 10. Asistieron a ella, además del general Batista, sus compañeros de viaje, señor Fernández Concheso, ex embajador de Cuba en México, y los Dres. Hurtado, Figarola y Barona; el capitán Guillermo Cota, designado ayudante del político cubano durante su estancia en México por el presidente Avila Camacho; don Diego Martínez Barrio, presidente de las Cortes Republicanas; los miembros de la Junta Española de Liberación, señores Alvaro de Albornoz, Indalecio Prieto, Antonio María Sbert, Carlos Esplá, Alejandro Otero y Félix Gordón Ordás; los directivos del Comité Técnico de la Junta, señores Gabriel Bonilla, Mariano Granados, Pedro Bosch Gimpera, Manuel M. Pedroso y Amós Ruiz Lecina; don Víctor Salazar y don Manuel Albar. No pudo asistir, por hallarse ausente, don José Mascort, vocal suplente de la Junta Española de Liberación.

Tanto la comida como la sobremesa fueron extraordinariamente gratas y animadas. En charla cordial, el general Batista expresó la satisfacción que le producía hallarse en compañía de tan autorizados representantes de la emigración republicana y de la democracia española, de la cual fué siempre, y ahora más que nunca, un ferviente defensor. Expuso su firme creencia de que el restablecimiento de la República Española está inmediato, e hizo votos por tal acontecimiento que devolverá su plenitud de libertad y derechos al pueblo español.

En el mismo tono de sencillez, don Diego Martínez Barrio, en nombre de todos, agradeció las palabras del general, que tenían el alto valor de un estímulo y una esperanza. Dijo el señor Martínez Barrio que la ayuda de las repúblicas americanas y de sus hombres más sobresalientes puede ser decisiva para que el problema político de España tenga pronta y favorable solución. "Esta comida —añadió el señor Martínez Barrio— no es sino el anticipo de otro compromiso: el de repetirla en fecha próxima en Madrid". Vivamente el general Batista respondió: "Pues es un compromiso aceptado. Cumpliré con ello mi gran deseo de ir a España, y lo haré tan pronto como la República haya sido restaurada".

La conversación se prolongó durante largo rato, discurriendo en torno a los problemas políticos de la actualidad.

Prensa de Guatemala

EL ACUERDO DE LA JUNTA DE GOBIERNO RESPONDE A LOS PRINCIPIOS DE LA REVOLUCION

Se halla acorde con los sentimientos de la inmensa mayoría del pueblo guatemalteco el acuerdo tomado el 22 de enero sobre declarar cancelado el reconocimiento del reégimen franquista en España que en 1936 fué prematura e inconsultamente acordado por el gobierno guatemalteco que entonces presidía el general Ubico.

Decimos que fué prematura aquella determinación porque se adoptó sin esperar siquiera el desenlace completo de la lucha fratricida y aun internacional trabada dentro de las fronteras de la madre patria, cuando acercándose a Madrid las fuerzas falangistas, creyeron los enemigos de la república ya conseguido el triunfo del general Francisco Franco. La lucha, en realidad, no concluyó sino tres años más tarde, de tal modo que nuestro gobierno, rompiendo con todos los cánones de la diplomacia, no aguardó a conocer el resultado de la guerra civil allá entablada, ni la consolidación de un gobierno estable capaz de afirmar y garantizar el orden y la paz en el territorio español, que es lo menos que podía pedirse a un gobierno de facto.

Decimos que el reconocimiento fué inconsulto, porque ni por asomo se curó de consultar los sentimientos de nuestro pueblo. Aquello no era otra cosa que las carantoñas de un déspota totalitario a otro de su misma envergadura y de su filiación al lado del nazifascismo. El general Ubico encarnaba —según su propio juicio— la soberanía absoluta de la nación guatemalteca, y no le interesaba pulsar en torno suyo las creencias y las convicciones de la opinión pública; lo único que le interesaba era congraciarse lo antes posible con los amos virtuales de la situación en la península ibérica: Hitler y Mussolini. Reconociendo a Franco reconocían a un nuevo socio en la confabulación de fuerzas antidemocráticas que operaban en Europa, cada día con mayor impunidad y descaro: Ubico enemigo acérrimo de las clases pulares, Ubico pseudo aristócrata, debía estar toda la vida con las fuerzas de la reacción dondequiera que se encontrasen. Ubico tenía que ser amigo incondicional de Franco como lo era de Hernández Martínez, Carías, Somoza y cuantos dictadores alentaran sobre la haz de la tierra.

* * *

Fué, además, atentatorio y servil el reconocimiento de Franco porque con ello el ex presidente Ubico traicionaba los principios democráticos y republicanos que inspiran nuestras leyes y fundamentan nuestras instituciones públicas. Franco no solamente había cometido una felonía militar, sino era reo de alta traición a la patria por haber demandado el auxilio de los países totalitarios y convertido el suelo de España en el campo de una sangrienta lucha mercenaria pagada con la sangre y la destrucción, y el dolor, y el hambre y la muerte del pueblo español.

Esto lo sabía el guatemalteco consciente; pero aquí era por entonces pecado el externar cualquier opinión a tal respecto. La sola mención del término democracia sacaba de quicio al autócrata, y no fueron pocos los españoles perseguidos y hostilizados por sus ideas republicanas. La propia declaración de guerra a las potencias del eje se hizo por el gobierno a regañadientes, y sólo por la delicadeza del momento fué posible externar en una cálida manifestación estudiantil el vivo anhelo de nuestro pueblo de colocarse al lado de las naciones unidas, al lado de la democracia; pero se experimentaba siempre una sensación de hostilidad oficial hacia los países aliados y un vehemente deseo de proteger los intereses del enemigo totalitario.

En la reciente determinación de la junta revolucionaria se exterioriza —repetimos— el anhelo popular en pro de una rectificación de la anterior tropelía. En manera alguna experimentan los guatemaltecos el deseo de intervenir en asuntos de política interna de España, ni menos puede creerse que desconocemos la entrañable amistad que nos une a la apreciable colonia aquí residente, a cuyos miembros jamás hemos considerado como extraños. Los españoles arreglarán la situación política de la península como se les antoje, mejor dicho, siguiendo la libre determinación de su pueblo; pero entretanto nuestro pueblo y gobierno que luchan contra las dictaduras, no desean, no pueden estar en una situación falsa e hipócrita con el gobierno dictatorial y totalitario de Franco. La verdad es que desde el 20 de octubre no existen relaciones de amistad con el generalísimo, y en tal caso se imponen las definiciones categóricas y el juego limpio. Ha sido cancelado el reconocimiento espurio y con ello Guatemala se anota, a nuestro juicio, un triunfo democrático.

"El Imparcial", Guatemala.

LOS HOMBRES Y LA HISTORIA

LIBERALISMO Y SOCIALISMO

Entre 1815 y 1848 el liberalismo toma carta de naturaleza en toda Europa. Y es precisamente la reacción que sigue a la caída de Napoleón lo que va produciendo y agitando las ondas del liberalismo europeo. La serie de sacudidas revolucionarias comienza en España con el levantamiento de 1820, movimiento de las clases medias ilustradas, de la burguesía liberal, que repercute en Portugal, en el Piamonte, en Nápoles. Y en 1830 estalla la primera de las revoluciones francesas del siglo diecinueve.

A la vez que los derechos individuales —las libertades fundamentales humanas— afirma el liberalismo el derecho de los pueblos. Al calor del liberalismo se producen los movimientos nacionales, el de Polonia, el de Hungría, el de Italia. La causa de Italia, que tiene entonces el pensamiento republicano de Mazzini y la espada de Garibaldi, el glorioso caudillo de la camisa roja, se confunde en aquella época con la de la revolución europea. El liberalismo europeo es tan generoso que quiere declarar la guerra a Rusia en defensa de Polonia, a Austria en defensa de Hungría, al Papa en defensa de la República romana. Y es tan ingenuo que no ve lo que en el fondo de estos nacionalismos hay de reaccionario.

La fuerza contagiosa del liberalismo es tal que se propaga a la misma Iglesia católica. En Francia, bajo la monarquía de Julio, el abate Lacordaire osa decir de la revolución que "elle frera le tour du globe", y Lamennais escribe las inflamadas "Paroles d'un croyant". Este movimiento liberal es condenado por una famosa encíclica, pero se reproducirá, andando el tiempo, en medio de la gran democracia americana, con aquellos ilustres prelados en quienes la doctrina democrática y el espíritu evangélico se unen y armonizan, los Gibbons, los Ireland, los Spaldin. Otra vez la Iglesia oficial lanza el anatema, pero la huella del clero liberal de los tiempos románticos no se ha borrado en Europa. Hay una cadena que va de monseñor Guilbert a monseñor Baudrillart, pasando por monseñor Lavigerie, que con su célebre "toast" plantea a los católicos franceses el problema del "ralliement" a la República. Y el nuevo movimiento intelectual prende en el modernismo de los Loisy y los Le Roy, que admite los resultados de la exégesis bíblica moderna y pretende aplicar la doctrina de la evolución incluso al dogma.

El movimiento liberal hizo que el Cristianismo volviera los ojos a su origen, a los tiempos en que tenía que luchar contra todas las grandes fuerzas dominadoras y era proscrito por todos los altos poderes de la tierra.

Como una reacción contra el liberalismo económico —el "caisser faire", "caisser passer", de los economistas clásicos— surge la protesta socialista. En sus comienzos es el socialismo utópico y romántico. Pero en 1848, año que es como una divisoria histórica, se produce un hecho que iguala en trascendencia a la "revelación" de "El contrato social", de Rousseau: la aparición del Manifiesto Comunista de Marx y de Engels. Desde entonces la clase obrera, en posesión de una conciencia específica, se siente con una misión propia, que sólo ella es capaz de cumplir. "La emancipación de los trabajadores —dicen Marx y Engels —ha de ser obra de los trabajadores mismos". "¡Proletarios de todos los países, uníos!"

La fuerza del socialismo es tan contagiosa en la segunda mitad del siglo diecinueve como la del liberalismo en la primera. El socialismo es la idea a la moda. Hay un socialismo cristiano, un socialismo católico, un socialismo de cátedra, un socialismo de Estado. Bismarck, el autor de las terribles leyes de excepción contra la social-democracia alemana, pretende ser, a su modo, un socialista de Estado. Los conservadores de todos los países adulan al socialismo y aspiran a servirse de él contra la democracia y el liberalismo.

El socialismo suscita no pocas dificultades al movimiento liberal. A la doctrina solidarista de la democracia opone la escisionista de la lucha de clases. Por fortuna, la experiencia ha ido dando a esta doctrina una interpretación cada día más amplia. Es muy fácil, teóricamente, dividir a la sociedad en dos clases: explotadores y explotados, capitalistas y trabajadores, burgueses y proletarios. Estos esquemas son muy útiles para simplificar, para trazar a grandes líneas los procesos políticos y sociales, para ir construyendo y desechando las grandes hipótesis de la ciencia. La economía, la sociología, la historia, deben no pocos de sus progresos a esas fórmulas escuetas, susceptibles en el orden teórico de ser rectificadas, corregidas, completadas, objeto de interpretaciones múltiples, en las que hay siempre, por lo menos, un fondo de verdad y de exactitud. Pero en la realidad social, tan profunda como compleja, los esquemas fallan y las fórmulas fracasan. Es cierto, sin duda, el principio que ha servido a Marx para establecer su filosofía de la historia. Pero en la sociedad, en la realidad económica, en el movimiento social, hay una gradación de clases difícil, a veces, de señalar: clases y subclases; matices dentro de una misma clase; diferencias poco importantes en lo económico y mucho en lo psicológico; reacciones entre las clases de efectos y consecuencias insospechados; una confusión de clases que se manifiesta sobre todo en las grandes crisis y en los grandes peligros, como si las fuerzas obscuras y elementales tuviesen la virtud de reducir a unidad simple y primitiva la conciencia humana.

La experiencia de que, a la vez que la lucha de clases, por aguda que sea, hay la solidaridad de las clases, un plano común en que se expresan y conciertan los intereses humanos universales, ha llevado a los partidos socialistas a la colaboración con los elementos más avanzados de la burguesía. Y de este modo ha prestado el socialismo importantes servicios a la causa liberal, ayudando, primero, a conquistar el sufragio universal, practicándolo después con espíritu limpio de toda corruptela, apoyando en todos los países el movimiento constitucional, uniéndose a las fuerzas liberales en la lucha contra las conservadoras y reaccionarias. Sin abandonar la lucha de clases como algo específico del movimiento proletario, la causa obrera se ha confundido no pocas veces, en momentos críticos de la vida de los pueblos, con la causa de la patria y de la humanidad.

ALVARO DE ALBORNOZ

Un libro de Gabriel Bonilla

Teoría del Seguro Social

El escritor y filósofo, Lin Yu Tang, simplificaba con su habitual agudeza el espíritu de las distintas épocas, diciendo que el siglo XVI era predominantemente religioso: el siglo XVIII —llamado por Ortega y Gasset "el siglo educado"— exaltaba el reinado de la razón; el siglo XIX, de un alocado optimismo liberal, es el siglo del progreso económico, y el actual, heredero de aquél, se caracteriza por esta preocupación fundamental: la seguridad.

El gran problema de nuestro tiempo es la inseguridad. Todas las normas y valores humanos: religión, costumbres, instituciones jurídicas —donde el espíritu crítico punzaba con cierta complacencia burguesa, confiando en que después de todo seguirían en pie—, están en abierto trance de revisión o definitivamente arrumbados. En el orden político y moral, en el aspecto económico, en las relaciones internacionales, existe el afán primero y esencial de encontrar una fórmula cierta y segura, de lograr unas normas de vida que garanticen la tranquilidad individual y colectiva, un deseo de "saber a qué atenerse". Y entre tanto no se alcancen soluciones definitivas la impaciencia se traduce en buscar remedios de urgencia, en medidas preventivas frente a la incertidumbre de la situación. Y sucede que así como los principios del siglo pasado eran de signo afirmativo, —libertad de pensamiento y de palabra, libertad de trabajo y de asociación—, el siglo que estamos viviendo abraza una actitud negativa, una actitud de defensa: seguridad contra la opresión, seguridad contra la necesidad económica, contra la agresión internacional, etc...: de lo cual es un ejemplo expresivo la Carta del Atlántico. Es decir, frente al principio optimista de la libre competencia, el principio pesimista o realista de la seguridad.

El seguro social aparece como una de las realizaciones fundamentales de esta tendencia. El autor del libro que motiva este comentario define su significación al decir: "La asistencia era un acto de altruismo y caridad y sólo comprendía al verdaderamente indigente o necesitado; en el seguro social el asegurado contribuye en las cargas y tiene un verdadero derecho, no tomándose para nada en consideración su situación económica. ...La beneficencia o asistencia pública, especialmente dirigida al indigente, toma nuevo nombre, amplía su campo de aplicación y extiende sus prestaciones, presentándose en ciertos casos, no como un acto de munificencia y humanitario, sino como un derecho". Es pues, una consecuencia de "la transformación de la asistencia —caridad en asistencia— derecho".

El doctor Gabriel Bonilla, último Presidente del Consejo de Estado de la República española y actual Jefe del Departamento de Seguro Social de la Secretaría del Trabajo en México, realiza en este libro, "Teoría del Seguro Social", un acabado estudio sobre esta importantísima materia para la sociedad actual. La primera parte del libro está dedicada al desarrollo de la teoría del seguro social, exponiendo sus principios doctrinales de carácter jurídico, técnico y de organización administrativa. En la segunda parte hace un estudio especial de cada uno de los seguros de dicha rama: riesgos profesionales, enfermedad-maternidad, invalidez, vejez y muerte; paro, y subsidios familiares; dando al final una extensa bibliografía, que constituye un amplio índice para el lector interesado en la ciencia social.

El trabajo del profesor Bonilla, constituye el primer estudio sistemático y de mayor autoridad que se ha escrito en la actualidad sobre este asunto —el libro de González Posada, publicado hace varios años no recoge las últimas experiencias sobre el Seguro Social—; y ha venido a satisfacer una necesidad para el conocimiento de esta cuestión, en los países de habla española. Desenvuelto el tema bajo la disciplina científica del especialista, su claridad expositiva lo sitúa al alcance de una preparación no específica, siendo en consecuencia un libro de consulta indispensable para los estudiosos de la materia, y de una gran utilidad para todas las personas interesadas en los problemas sociales.

J. B. C.

Así son

Los españoles en la liberación de Francia

(*Fragmento traducido de una reciente carta de un ciudadano francés del sur de Francia*).

"Hemos sido liberados el 19 de agosto. Se ha luchado en Foix, los españoles a la cabeza, por lo que han alcanzado un puesto de honor ¡Pero, cuánto han sufrido! ¡Y cuántas bajas!

Tuvimos miedo al tercer día de la liberación porque una columna de tres mil alemanes avanzaban hacia Foix por la carretera de St. Girons. La víspera habíase detenido fácilmente a una columna pequeña que venía desde Ax por Prayols. ¡Pero ahora! Había unos quinientos españoles y algunos *maquis*. ¿Cómo detener a tres mil alemanes? Estos, al pasar por Rimat, incendiaron el pueblo. Los habitantes reunidos no sabían qué les iba a pasar. Les fusilaron al maestro y otros varios significados; pero entonces los *maquis* atacaron y los habitantes lograron escapar. Los españoles se multiplicaron, tanto y tan bien que, cuando los alemanes les intimaron a rendirse diciendo: "Somos tres mil bien armados", ellos respondieron: "Nosotros somos cinco mil". Y se lo hacen creer a los alemanes. Teníamos 4 ametralladoras, pero los alemanes encontraban siempre un grupo de hombres ante ellos. Eran los mismos; pero aquéllos lo ignoraban.

Se hizo en Foix una llamada a las armas. Todos los hombres se presentaron... pero no había armas. Todo era de temer, cuando el tambor batiente publicó: "¡Se rinden los alemanes!"

¡Qué delirio aquella noche!

Francia quiere levantarse. Tiene sed de orden y reposo, no quiere disturbios; pero repugna las trabas..."

CRONICAS DE LA GUERRA

¡A BERLIN!

por

ILYA EHRENBURG

Del Boletín de la Embajada Soviética en México reproducimos esta hermosa crónica de Ilya Ehrenburg.

UNA alemana se queja a su marido de una pequeña desgracia; "Di a teñir un vestido de tía Gerda. Cuando me lo puse, todos se entusiasmaron: recordábamos tiempos mejores. Pero todo lo que ahora tenemos es *ersatz;* figúrate que al cabo de una semana, el vestido estaba plagado de manchas azules y, lo que es peor, se hizo pedazos. Por poco me quedé desnuda en pleno día..."

He recordado el vestido de *tía Gerda,* leyendo los telegramas en que se contiene el balance *ersatz* de la ofensiva alemana en occidente. Cuando Rundstedt empujó a los norteamericanos en las Ardenas, los alemanes se entusiasmaron; contemplaban, aunque fuera sólo por un día, las aguas del Mosa y ese espectáculo les hacía recordar tiempos mejores. Ya se veían no sólo en Lieja, sino en París. Aunque la Pascua debe preceder a la Navidad, la Pascua alemana ha venido después del Año Nuevo, el vestido de *tía Gerda* se hizo jirones y Alemania quedó desnuda en pleno día.

Naturalmente, la DNB alemana no es tan sincera como la sobrina de Gerda; sin embargo, reconoce también ahora, que la "ofensiva alemana en occidente es una operación de carácter local, de la cual la opinión pública alemana no esperó nunca serios resultados operativos". Dos semanas atrás, Goebbels hablaba sobre la fuerza de las armas alemanas. Ahora escribe que "hay en la guerra períodos en que la fuerza de asalto pierde su carácter persuasivo". Es difícil que estén de acuerdo con eso los Fritzes en occidente y sobre todo en el este.

La ofensiva *ersatz* en las Ardenas ha costado a los alemanes alrededor de cien mil soldados y eso para ocupar en dos semanas sólo un trocito de Bélgica, donde no hay fábricas ni grandes ciudades. No hace falta decir que esos éxitos han sido sumamente débiles. Sin embargo, los *gauleiter* de Viena y de Cracovia no deshacen ya sus maletas desde que han leído que "la fuerza de las armas ha perdido temporalmente su carácter persuasivo".

¿En qué funda pues sus esperanzas Goebbels, ya que no se fía de los tanques *Tigre* ni siquiera de los *Tigres reales?* En las dificultades por que atraviesan los Estados libres de invasores; en las divergencias entre los Aliados; en su astucia de criminal y en el candor de los jueces.

Para descifrar los enigmas berlineses, lo mejor es mirar a Madrid. Antes de Año Nuevo, los alemanes se embriagaban todavía con el estruendo de su ofensiva *ersatz.* Hitler pronunció entonces un discurso sumamente bélico; pero si el Fuehrer rugía en Berlín, en Madrid cantaba victoria. El periódico madrileño *A B C*, recogió en seguida el discurso del Fuehrer, declarando que la ofensiva alemana había demostrado nuevamente a Inglaterra y a Norteamérica la fuerza de Alemania y que por ello era imprescindible una *paz de empate.* Es muy posible que los cretinos que actualmente dirigen Alemania esperen alcanzar el ramo de olivo. El caníbal agotado ansía el abrazo de los apaciguadores, pero todo eso no son más que sueños insensatos. No diré que hayan desaparecido los *apaciguadores;* existen todavía, pero se han vuelto asombrosamente tímidos. Esas viejas cortesanas fingen ahora ser doncellas inocentes; hasta susurran: "Queremos la victoria". Todavía son capaces de hacer daño; pero ya no pueden echar nada a perder; son impotentes ante los pueblos, que se han convencido por sus propios ojos de lo que es el fascismo. Hitler funda inútilmente sus esperanzas en procesos mórbidos que se desarrollan en tal o cual Estado europeo.

En los momentos de peligro, el organismo consigue vencer muchas enfermedades. La existencia de Berlín une a los franceses; cohesiona a los demás pueblos, por grandes que sean sus divergencias interiores. ¿En qué más confía Hitler? ¿En que sus adversarios, discutiendo entre ellos, se olviden de él? Unicamente la imbecilidad y la incomprensión de la psicología ajena, propias de los alemanes, pueden explicar semejantes esperanzas. Los pueblos no son niños; pueden estudiar y discutir qué camino es el mejor; pero saben que los salteadores de caminos amenazan por igual todas las carreteras.

Un miembro del Club Conservador de Coventry se pondrá fácilmente de acuerdo con el presidente de un koljós soviético, o con el alcalde de un pueblo polaco en que es preciso domar a los incendiarios y a los asesinos. Los ciudadanos de la Unión Soviética, de Norteamérica, de Inglaterra y de Francia ven el mundo de maneras distintas; pero todos ellos coinciden en una cosa: en el amor a la paz, en el odio a la guerra y a su punto de origen, la criminal Alemania. Majestuosa es la cultura ancestral de Inglaterra; brillante el genio creador de Norteamérica; inmortales los preceptos de libertad proclamados por Francia. Nos enorgullecemos de nuestros amigos como se enorgullecen de nosotros otros pueblos honrados. Nuestra amistad sobrevivirá a todas las pruebas: está basada en lo complejo y en lo sencillo, en el ansia de preservar contra las ventiscas malignas la antorcha de la civilización y el aliento de los niños.

Goebbels se desvive en vano; en vano prepara las citas de Madrid y los divanes munichistas; en la guerra únicamente sigue siendo persuasiva la fuerza de las armas y las armas decidirán el destino de Alemania. Eso lo garantiza la nueva y magnífica ofensiva del Ejército Rojo. La guerra no es como el *poker,* donde lo más importante es saber emplear el *bluff;* la guerra es una prueba severísima.

Cuando los alemanes tomaron París en 1940, anunciaron ese hecho como una espléndida victoria. Penetraron en París como se entra en un hotel cuando los porteros abren todas las puertas; penetraron en una ciudad desierta donde sólo se mostraban públicamente prostitutas y traidores. El nombre de Ponyri no tiene resonancias tan poéticas como el de París; sólo algunos turistas rusos conocían Ponyri, famoso por sus manzanas. Pero precisamente en Ponyri el Ejército Rojo ganó una de sus mayores victorias; una victoria que debía contribuir un año después a expulsar de París a los alemanes.

Ahora, como siempre, el Ejército Rojo tiene ante sí las fuerzas principales de Alemania. Los combates en el frente occidental parecen escaramuzas en comparación con las batallas del frente oriental. El valor y la decisión de Rusia son garantía de que, junto con sus Aliados, pondrá a Alemania de rodillas.

La D. N. B. escribe respecto de nuestra actual ofensiva, que "estuvo precedida de un huracán de fuego de fuerza gigantesca". No hemos festejado en balde el Día de la Artillería; sabemos que la guerra es la guerra y no un milagro de pirotecnia. No tratamos de destrozar desde lejos a Koenigsberg, a Breslau o a Berlín; sabemos que llegaremos hasta allí. No queremos dialogar con los alemanes a distancia; se impone un diálogo cara a cara. No nos interesan los cañones antiaéreos, sino la artillería que, al destruir las defensas alemanas, salva la vida de nuestros soldados y abre a la infantería el camino de Alemania. Rematar a los alemanes no es cosa fácil y el camino de Berlín se nos presenta de cualquier modo menos como un paseo. Hablamos francamente de grandes dificultades, porque sabemos que las venceremos y que llegaremos a Berlín; lo sabe toda Europa y también lo saben los propios alemanes. Precisamente por eso resisten con tanta desesperación. A los incendiarios de Maidanek les aterra la llegada de los jueces.

La guerra se ha alejado de nuestra patria y acaso haya en la retaguardia hombres que hace tres años padecían de pusilanimidad y que hoy padezcan de benignidad, como hombres que piensan que la guerra está casi terminada y que por eso puede uno volver a las preocupaciones de tiempo de paz. Esos hombres son pocos; el pueblo sabe que no hay dos guerras; que la guerra es una sola, que en Budapest nuestros combatientes luchan por las tierras de Ucrania y que en Prusia Oriental ven ante sí las heridas de Leningrado.

En las pequeñas ciudades húngaras donde todo les es ajeno, los hombres rusos piensan nostálgicamente en nuestros campos, en nuestras calles, en nuestras muchachas y cada uno de ellos sabe que llevando la libertad a los subyugados y la muerte a los subyugadores, lucha por esos campos, por esas calles y por esas muchachas que ha dejado lejos, en el este.

Un corresponsal inglés comunicaba que en la isla de Creta, los alemanes "dan muestras de espíritu belicoso, aunque realmente no tienen nada que esperar". Eso no me asombra; he dicho repetidas veces que los *fritzes* no están siguiendo un curso por correspondencia; demuestran espíritu belicoso en ese frente, porque nadie les ataca. Las operaciones militares en Grecia han tocado a todos menos a ellos. ¿En qué fundan sus esperanzas los alemanes en Creta? En lo mismo en que fundan las suyas los alemanes en Berlín.

Uno de estos últimos escribía a su hermano: "Antes borrábamos alegremente en el calendario cada día de guerra; uno más que había terminado. Ahora contemplamos con pena cada día que hemos vivido, porque de momento, mal que bien, vivimos, mientras que ante nosotros tenemos el vacío". Los alemanes no abrigan esperanzas en nada; aspiran sencillamente a aplazar la hora del pago.

Las victorias no se nos dan fácilmente. Que cada cual, al escuchar el estruendo de las salvas, recuerde a las víctimas. Atacamos, no porque nos sea fácil atacar, sino porque hemos cultivado el árbol de la victoria y lo hemos regado con nuestra propia sangre. Nunca pensamos llegar y sacudir el árbol para que cayeran los frutos maduros. El ejército alemán no es ya el mismo que atacaba a Stalingrado; pero nadie piensa en subestimar el volumen de la resistencia alemana. Sabemos que en mayo de 1918, Alemania estaba agotada, carcomida por las dudas y exangüe y sin embargo emprendió entonces enorme ofensiva y llegó hasta el Marne, amenazando a París; y cinco meses después, se hundía. El alemán es un autómata; avanza, dispara y luego hace alto; se le ha terminado la cuerda.

Hemos ido de Vladicáucaso a Budapest; después de eso, ¿quién puede poner en duda que llegaremos a Berlín? En la guerra, no rematar lo comenzado significa quedarse a mitad del camino y nosotros hemos soportado demasiado para detenernos sin llegar al objetivo. Tenemos que llegar a Berlín porque los alemanes llegaron a Stalingrado. Debemos pasar por Alemania porque hemos visto la *zona desierta.* Tenemos que encontrar a los asesinos. ¿Quién de nosotros no tiene una tumba que le concierne?

Cada país tiene su orgullo; nosotros no estamos orgullosos del tridente de Neptuno, ni de la belleza de las Gracias, ni del oro de Creso. Nosotros nos enorgullecemos ahora de la conciencia rusa. Quien haya comprendido eso, sabe que iremos a Berlín.

No podemos traicionar a nuestros muertos, olvidar los grandes sacrificios de nuestros héroes ni la sangre de los niños de pecho. ¿Siguen acaso en su sitio las piedras de Smolensk incendiado? No, sino que se lanzan hacia Berlín. El invierno de 1942, el invierno de Leningrado, golpean ya con su mano descarnada en la ventana de la capital de Alemania; y sobre los ejércitos que avanzan como ángeles de venganza, flotan las sombras de los niños martirizados en Babi-Yar volando hacia Berlín.

Comprendemos los cálculos de Hitler, de Goebbels, de los fogoneros de Maidanek o del *fritz* mediocre que un día cualquiera, de paso, mató en Bielorusia a una niña de cabellos claros. Comprendemos sus cálculos para tratar de escapar al castigo, de prolongar las cosas, de expiar a poca costa y luego volver a lo mismo, inventar nuevos cañones, algún tanque *Tigre* volante y dentro de unos veinte años ordenar: "¡Al este; marchen!" Eso no ocurrirá ni ahora ni dentro de veinte años, ni dentro de cien. Acabaremos con ellos.

¿Es acaso posible reconstruir Chernigov, Gomel o Viazma sabiendo que en Alemania se fabrican armas mortíferas como si fuesen máquinas de coser? Amamos demasiado a nuestros hijos para no llegar a Berlín; y los alemanes cuentan inútilmente con nuestro olvido. Los anales del sufrimiento no están escritos con tinta, sino con sangre y nada puede borrarlos. Tenemos que llegar a Berlín; lo exige nuestra conciencia.

Juzgaremos a nuestros verdugos y no dejaremos esa función a nadie. Despertamos pensando en Berlín y con ese pensamiento nos dormimos. Cuando guardamos silencio, pensamos en Berlín y mientras dormimos no nos olvidamos de él.

—¿Pero es que no están ustedes hartos?, preguntará cualquier neoapaciguador.

—Estamos hartos, responderemos, y precisamente por eso corremos hacia Berlín.

El hombre no ha sido creado para salir de reconocimiento, para romper las defensas enemigas ni para destrozar tanques, sino para otra cosa; para las espigas, para los juegos de imaginación, para el amor. Si los alemanes han arrancado a nuestros hombres de la labor creadora, de la familia y de la patria, si durante estos años les han obligado a apretar el frío hierro en vez de la tibia mano querida, eso ha sido para nuestro pueblo una prueba terrible y por eso estamos hartos de los alemanes. No pensamos que el exterminio de los fascistas sea la más dulce de las ocupaciones; precisamente por eso queremos exterminarlos; precisamente por eso corremos hacia Berlín. Queremos paz y para lanzarnos hacia la paz, sólo pensamos en la guerra. Nuestros soldados piensan en sus hogares, por eso avanzan cada día más lejos de sus casas; más cerca de Berlín.

En el extranjero se nos ha presentado frecuentemente como multifacéticos, pero distraídos; amplios, pero difusos. Eso no es cierto. Podemos ser así, pensar en muchas cosas, amar muchas cosas, apreciar lo multifacético; pero podemos también reprimir el corazón; revestirlo de un cíngulo de hierro; vivir para una sola cosa; querer una sola cosa.

En los días amargos de los años 1941 y 42 repetíamos: "Resistir", como lo más sentido, lo más querido, lo único. Ahora queremos acelerar el desenlace, aproximar la dicha y repetimos: "¡A Berlín!"

Se sobreentiende por supuesto, que los días de la ofensiva más allá del Vístula no se parecen a los días de Stalingrado. Se edifican casas en Orel; han vuelto los refugiados a Minsk; la vida exterior de la retaguardia parece haberse apartado de la guerra, porque la guerra se ha apartado de ella; pero es sólo apariencia. ¿Acaso pueden las mujeres vivir pensando en otra cosa que en las cartas del marido? ¿Acaso puede la patria vivir pensando en otra cosa que en las Ordenes del Día del Jefe Supremo?

Es difícil el cuarto año de guerra; pero no hay palabras para hablar del valor de la retaguardia, de los obreros de los Urales, de los mineros que reconstruyen los pozos, de las koljosianas, de los armeros, de los labradores. ¿Qué es lo que les permite soportar las privaciones, la inquietud por sus familiares, el dolor por los muertos? Sólo una cosa; la certidumbre de que vamos a Berlín; de que la sangre de los mejores no se ha vertido en vano y de que habrá castigo, una paz buena y firme y no ese *ersatz* de paz que están dispuestos a fabricar los alemanes; una paz auténtica y no una paz alemana, sino una paz digna del hombre. En nombre de ese silencio que pronto volverá a la tierra; en nombre de los brotes que ahora duermen todavía bajo la nieve; en nombre de la primavera próxima y de la próxima felicidad, decimos:

¡A BERLIN!

Moscú, enero de 1945.

VALIJA *indiscreta*

LOS VAGOS DE LA PUERTA DEL SOL

Mi admirado compañero Joaquín Arderius ha publicado en uno de los últimos números de este semanario una deliciosa crónica sobre los "vagos de la Puerta del Sol". Siente, como es natural, la nostalgia de aquel lugar y de sus inmóviles habitantes y, desde la colonia Alamos de México, les dedica un conmovedor recuerdo. Me explico que un hombre inteligente, bueno y sensible como Arderius se acuerde de los vagos de la Puerta del Sol y añore su compañía, preferible siempre a la de otros muchos sujetos que el mismo Arderius habrá tenido que tratar, sin duda, en sus forzosas andanzas de trotamundos, desde que salió de la ciudad de Lorca, hace ya años. ¡Y eso que, seguramente, no tuvo que tratar en Ginebra a los distinguidos caballeros de la Sociedad de Naciones que se ocupaban de la no intervención y de la guerra española!

Yo no tenía amigos muy íntimos entre los vagos de la Puerta del Sol, pero, de todas maneras, me gustaría como a Arderius, volver a verlos en su propio escenario. Es posible que aquí pueda encontrarse alguno paseando por San Juan de Letrán, pero, sacado de su ambiente, el vago de la Puerta del Sol pierde su verdadera personalidad, queda desmedulado y desconocido. El vago es el hombre que echa raíces más hondas y fuertes —las menos vagas, valga la paradoja— en su paisaje, en el lugar de su vagancia o vaguedad, y su vagar no le viene de indecisión y falta de fijeza en un sitio determinado, sino precisamente de su resistencia a abandonar el lugar donde es vago por derecho propio e imprescriptible vocación. No se comprende un vago activo y ajetreado, pues en ese caso dejaría de ser vago. La ocupación de vago es de tal modo maravillosa que no puede ser tenida por ocupación. Si un vago se ocupase en serlo, ya no lo podría ser. La condición de vago predispone a la filosofía, a la meditación, al ejercicio del ingenio y de la picardía, a la teología, a las altas especulaciones del espíritu, y sólo en parte ínfima al comercio de las cosas, nunca a su producción. Algunos vagos de la Puerta del Sol solían fingir que vendían cordones para los zapatos, llaveros de cadena, anillos de goma para los paraguas, lapiceros, relojes Roskoff, plumas estilográficas robadas y sujetadores de corbata. Pero su aparente negocio estaba desprovisto de todo espíritu de lucro, que es el que hace malos, interesados y egoístas a los hombres que no son vagos. Si declaraban vender todas esas chucherías era convencidos de que nadie las compraría, pues sus posibles clientes habría que buscarlos entre los otros vagos de la Puerta del Sol, y no parece razonable, en pura práctica mercantil, que quien vende anillos de goma para los paraguas, compre a su vez un llavero de cadena, y viceversa. El comercio es, sin embargo, en su origen una profesión estática, contemplativa y parasitaria, y su iniciador fué, sin duda, un vago redomado a quien se le ocurrió ponerse detrás de un mostrador para vender sin esfuerzo lo que otros hombres habían cosechado, cazado o producido con fatiga. Así degeneró el vago en comerciante y más tarde en consejero de sociedades anónimas y finalmente en "fuerza viva", del mismo modo que los vagos de la Puerta del Sol, de haber prosperado con sus absurdos negocios teóricos, hubieran acabado mal y se habrían convertido en abarroteros.

Siempre es aventurada la generalización, pero creo que los vagos de la Puerta del Sol constituyen un excelente punto de referencia para estudiar las virtudes y encantos de Madrid. Madrid no se comprende sin la Puerta del Sol, ni ésta sin sus vagos. Así llegamos a la esencia misma de un pueblo que ha maravillado al mundo por su sentido inmaterial y sublime de la vida. Madrid es un estado de gracia. No me refiero al donaire popular y barriobajero de los personajes de López Silva y Arniches, que pasaron de las tablas escénicas a la existencia municipal y que son los primitivos fundadores del Madrid que hemos conocido en nuestros días. (Yo no tengo los conocimientos de mi admirado amigo el profesor Bosch Gimpera, y, por lo tanto, no puedo clasificar a los distintos españoles como descendientes de iberos, celtas, árabes, fenicios, etc.; pero creo que es aceptable la teoría de que los españoles modernos descendemos, en gran parte, de saineteros: así, por ejemplo, los madrileños descienden de Arniches; los sevillanos, de los hermanos Quintero, y los valencianos, de Escalante; lo que es un linaje muy digno y honroso, bastante más grato y amable, por cierto, que el que nos clasifica como descendientes de trogloditas cazadores de cabras montesas, piratas moros y otras gentes poco distinguidas). Madrid, digo, es un estado de gracia, y sobre la misma Puerta del Sol, sede de los vagos evocados por Arderius, desciende la legua de fuego de la divinidad. Madrid es una maravilla del espíritu, y por eso su heroica defensa en nuestra guerra de independencia de 1936 pertenece al mundo de lo mágico, irreal y glorioso. Que Madrid se defendiera no constituyó un milagro en sí, pues el milagro estaba en la existencia misma de Madrid, en su divinización y bienaventuranza. Algunos forasteros exigentes, dotados de un sentido utilitario de la vida, solían preguntar dónde estaba la riqueza de Madrid, sus fábricas y sus factorías, su industria pesada, en fin. Mas ¿acaso Madrid necesitaba todo eso para ser Madrid? Uno no se atrevía a presentar ante esos forasteros a los vagos de la Puerta del Sol como la mejor y más sólida riqueza de Madrid, que es la del espíritu, la de la vida desprendida de sus exigencias materiales y groseras. Cierta vez, viviendo yo en Madrid, oí anunciar por radio los productos de una "Fábrica madrileña de patatas fritas", y pensé que ésta era precisamente la industria que necesitaba Madrid, y la que convenía, a lo sumo, a los vagos de la Puerta del Sol, a quienes hubiese molestado que el cielo purísimo de Madrid se ensuciase y ensombreciese con el humo de las grandes chimeneas fabriles.

En los primeros días de la guerra, cuando los aviones alemanes e italianos comenzaron a bombardear Madrid, presencié un espectáculo inolvidable. Se hablaba entonces mucho de la conveniencia de "camuflar" trenes, puentes, instalaciones militares, etcétera, para engañar a los aviadores facciosos y evitar que las bombas acertasen en el verdadero blanco. Algunos pintores del Círculo de Bellas Artes presentaron proyectos en el Ministerio de la guerra para disfrazar de "jardín público" a la estación de Atocha, y los vagones de ferrocaril fueron pintados a rayas, círculos y rombos, como los trajes de los turistas norteamericanos. Pues bien; uno de aquellos días de bombardeo vi a un vago de la Puerta del Sol, a uno de esos amigos ausentes evocados por Joaquín Arderius, de esos que se dedicaban teóricamente a vender absurdas naderías, sentado en cuclillas en tierra, en la acera de enfrente del Ministerio de la Gobernación, con su inverosímil mercancía esparcida en el suelo delante de él. La Puerta del Sol estaba casi desierta. Aquel vago era el único que aguantaba el bombardeo y permanecía allí impasible e indiferente . . . porque iba cubierto con un ancho sombrero de paleto, que él había "camuflado" artísticamente, con muchas rayas de colores y figuras raras. Así se debía de considerar seguro, suponiendo que los aviadores enemigos lo tomarían quizá por una caseta de consumos o un mata de habas. Cuando vi el sombrero "camuflado" de aquel vago de la Puerta del Sol, símbolo y representación del temple con que hacía frente al ataque y a la agresión un Madrid inerme y risueño, comprendí que toda la ciencia militar de los generales prusianos que acompañaban a Franco, y todas las terribles armas modernas que mandaban a éste Hitler y Mussolini no serían bastantes para vencer el espíritu de aquel pueblo sublime. Y cuando recuerdo, emocionado, la gloriosa epopeya de la defensa de Madrid, la simbolizó en el sombrero "camuflado" de aquel vago de la Puerta del Sol, indiferente a todos los peligros del cielo y de la tierra, sencillo y estoico en su inmarcesible vaguedad de vago divinizado, de vago hecho puro espíritu, es decir, de vago de la Puerta del Sol hecho Dios.

EL VALIJERO

Comentarios

OTRA VEZ LA FALACIA DE LA UNIDAD

Siempre habrá argumentos para justificar la política del apaciguamiento en España. Cuando se produjo la sublevación militar contra la República, la razón por la cual se decía que las democracias no ayudaban a los republicanos era su unión con los comunistas. El Frente Popular era entonces el fantasma, y más de un gobierno de los que luego fueron derribados por el Eje se puso al lado de Franco para ayudarlo a combatir el "peligro rojo." Ahora nos encontramos con que se esgrime el pretexto de la desunión para justificar la permanencia del régimen franquista en el poder. Vemos, pues, por un lado, que se perdió la República porque los republicanos se habían unido a los comunistas, y por otro, que no se podrá recuperar mientras los comunistas no figuren en el bloque republicano.

Lo cierto es que cuando estalló la guerra civil no había un solo comunista en el gobierno legítimo de España. Ingresaron éstos en él meses después de haberse producido la sublevación, cuando los alemanes y los italianos ya habían iniciado la invasión del territorio español. Aquella experiencia debiera servirnos de lección. En un esfuerzo supremo por evitar el triunfo del fascismo, los republicanos lo sacrificaron todo a la unidad anhelada. Por esa única razón pasó el doctor Negrín a ocupar la Presidencia del Consejo. La unidad, sin embargo, de nada sirvió. Al registrarse la derrota, se vió que sólo había logrado causar una profunda división en el seno de los partidos. Epílogo elocuente de aquel artificio político fueron los sucesos de Madrid, donde los comunistas descubrieron cuáles eran sus intenciones, como acaban de hacerlo en Grecia.

Los propagandistas de esa "unidad' utilizan un argumento falaz en todas sus campañas. Parten del supuesto de que la República no podrá SER si todos los enemigos de Franco no se unen en un frente compacto. La República, sin embargo, FUE sin los comunistas, sin los separatistas, sin los falangistas arrepentidos y sin los jesuítas que acaudillaba Gil Robles. La amalgama de elementos tan antagónicos podrá causar el derrumbamiento de Franco, lo que nosotros ponemos en duda; pero jamás restablecerá la República democrática y liberal en España. Al contrario, una "unidad" de este tipo no daría otros resultados que la destrucción de los partidos republicanos responsables—incluyendo el socialista—dejando sin base a la República misma. Eso es precisamente lo que los comunistas, trompetas de la "unidad", andan buscando.

La verdadera unión de los republicanos españoles, la única posible, se logró a través de la Junta Española de Liberación creada en México. Descansa en los partidos que proclamaron la República, que son los interesados en defenderla. De esos partidos salieron los gobernantes y los gobiernos constitucionales. Fueron ellos los que elaboraron la Constitución y las leyes republicanas. Mientras esos partidos mantuvieron el equilibrio parlamentario imprescindibble para gobernar, España vivió en paz. La guerra vino precisamente cuando ese equilibrio quedó roto con la intromisión de fuerzas ajenas a la República. Las de Gil Robles, que ahora se incluyen en esa "unidad" fueron las que iniciaron la guerra civil en España.

Quedan, hay que reconocerlo, fuera del pacto de la Junta Española de Liberación, en rebeldía contra ella, ciertas figuras políticas más o menos conspicuas, de entre las cuales se destaca el doctor Negrín. Son los residuos de la guerra, que confirman y remachan el aspecto negativo de la otra unidad. Todas, absolutamente todas, participaron en la amalgama que presidió la derrota. Actúan por la inercia, y sus actividades son el reflejo de lo único que esa unidad pudo conseguir: el fraccionamiento de los partidos. Tanto Negrín como los que, de una manera o de otra, le siguen, se hallan en abierta rebeldía contra los organismos políticos a que pertenecen.

No es la desunión de los republicanos lo que hace que Franco se mantenga en el poder. Hace falta ser muy candoroso para aferrarse a este argumento. Franco sigue gobernando en España, porque todavía cuenta con asistencias en el extranjero. Aún no ha cesado la política del apaciguamiento. El día en que los amigos que le apoyan en Inglaterra y Estados Unidos pierdan la influencia que hasta ahora han tenido, el franquismo dejará de existir. Entonces se podrá apreciar el bien que le ha hecho a España y a la República esa Junta Española de Liberación que representa la unión de todas las fuerzas auténticamente republicanas.

M. MILLARES VAZQUEZ

Habana, febrero.

El 2 de agosto de 1938 publicaba "Arriba España", órgano de Falange: "Mientras hoy saludamos, brazo en alto, con ardor y entusiasmo a Mussolini y Hitler, los dos genios . . ."

Y ocho días más tarde, el 10 de agosto: "Hay que extirpar todo rastro de procedimiento democrático".

TIEMPO PRESENTE

Las lecciones de la experiencia

La desgracia común crea un parentesco moral al que nadie puede evadirse. Por eso, sin duda, nos impresionan tan dolorosamente las quejas constantes de los demócratas italianos, todavía irredentos después de más de un año de haber sido teóricamente liberados. A la vejación que significa la tutela política del AMGOT, ejercida con notoria torpeza, que lastima el amor propio del patriotismo italiano, se unen los sufrimientos derivados de la falta de víveres, no tanto por la escasez en sí como por las dificultades del transporte por no disponer de camiones para ello, problema que se repite exactamente igual en Francia y que provoca amargas lamentaciones de la prensa francesa. Diríase que las autoridades aliadas tratan de hacer pagar al pueblo italiano la culpa de sus veinte años de fascismo. Pero esa sería una justicia monstruosa que ningún espíritu noble podría suscribir. Lo hemos hecho notar antes de ahora. Cuando los turistas ingleses se maravillaban del estado de prosperidad a que el Duce —decían— había llevado a Italia, y los periódicos británicos y norteamericanos se hacían lengua de las excelencias del régimen fascista, con lo cual estimulaban el brote del fascismo en otros países, el pueblo italiano padecía en silencio su tragedia, seguramente con el íntimo rubor de ver elogiado el gobierno que lo tiranizaba por hombres que se llamaban liberales y representantes de la democracia. Entre esos hombres figuraban, por ejemplo, lord Halifax y Winston Churchill. "¡Ah, —comentaban con entusiasmo los conservadores de todo el mundo, fascistas en potencia—, qué orden tan admirable reina en Italia!" Y se hacían elogios de las carreteras, alisadas para que los automóviles de los turistas se deslizasen sin riesgo, de la puntualidad de los trenes, de la falta de pobres . . . La realidad era muy distinta, y no todos los viajeros que llegaban a Italia se dejaban arrullar por la alondra fascista. Emilio Vandervelde, después de visitar Italia, unos años después de la marcha sobre Roma, escribía en "*Peuple*" de Bruselas, que "había encontrado quizá más mendigos que antes, y no sólo mendigos profesionales, sino también desocupados que extendían la mano con aire de humillación." La verdad es que la policía perseguía implacablemente a los mendigos y los metía en la cárcel, sin que por eso lograra hacerlos desaparecer. Toda Italia era escaparate decorado para el exterior y sirviendo de tribuna sonora al Duce. Pero detrás de los telones llamativos se ocultaba una dolorosa evidencia. En uno de sus libros, el ilustre Gaetano Salvemini copia una carta dirigida desde Nápoles por una escritora norteamericana, Carolina Singer, a unos amigos suyos de Nueva York. "Nos colamos —escribía— por una angosta callejuela que corría paralela a las calles comerciales de apariencia muy próspera, pero que no tenía comunicación directa con ellas. Era otro mundo. ¡Y qué mundo! La callejuela que durante más de una milla no pudimos dejar sino para entrar en otras calles de aspecto más peligroso, no excedía de doce pies en lo más ancho. Los edificios eran cada vez más altos, magníficos rascacielos viejos de piedra, con grandes patios interiores y buenas puertas talladas. Pero la gente . . . Donde había habido tiendas estaban instalados dormitorios, con tantas camas a la vista de la calle, que no había lugar para otra cosa que una estufa de cocina; por todas partes mujeres miserables cosiendo a la luz de una lámpara; viejos miserables también, comiendo pan; niños enfermizos; olor de mugre por todas partes; olor de enfermedad y congestión; mujeres públicas con marineros y soldados. Era un contraste muy fuerte, dado que todo esto estaba tan cerca de una aparente prosperidad. El recorrido todo fué una prolongada pesadilla." A pesar de todos sus pregones, el fascismo no corrigió ninguna de las lacras tradicionales de la vida italiana. No es cierto que suprimiera el analfabetismo, aunque el mayor esfuerzo realizado en Instrucción Pública tendía a educar a los niños en las teorías del fascio. La ley de 26 de junio de 1923 hacía obligatoria la asistencia escolar hasta la edad de catorce años, pero era letra muerta o cínicamente violada. En las industrias era corriente el trabajo de los niños y niñas de diez años y aun menos, como lo era la explotación de las mujeres, mediante cuyo empleo los patronos rebajaban el salario masculino. Todo era mentira en la Italia fascista, salvo el terror policíaco. Los únicos progresos auténticos de que el fascismo se envanecía no se le deben a él, sino al régimen constitucional anterior, como, por ejemplo, la extinción de la pelagra, prácticamente desaparecida de Italia desde comienzos de siglo, que Mussolini trató de presentar como una victoria suya. Ni bienestar material, ni tranquilidad espiritual, ni adelanto en la cultura le debe Italia al fascismo. Le debe, en cambio, la pesada y trágica herencia del sueño imperialista deshecho, que ha sumido a Italia en la más profunda ruina. Mas para sacarla de su marasmo, es menester emprender rutas nuevas purificando la vida moral del país y liquidando inexorablemente los restos de la estructura fascista. El AMGOT está haciendo lo contrario, y al dolor del pasado, los demócratas italianos suman las decepciones del presente, la penosa servidumbre que se les impone en nombre de la libertad. La victoria abunda en paradojas y una de ellas consiste en el hecho de que se pretenda castigar a los pueblos que sufrieron en carne viva la experiencia fascista erigiéndose en jueces aquellos hombres que más contribuyeron desde fuera a que el fascismo creciera y se afirmara. Hoy está sucediendo en Italia. Mañana puede ocurrir en España, ya que no hay ninguna razón para que, si el pueblo italiano es responsable de haber soportado a Mussolini, el español no lo sea igualmente de haber soportado a Franco. Y no se sabe qué hacer si reír o llorar ante esta desgarrada ironía de que los culpables se conviertan en acusadores de los inocentes.

A. C.

Estampas del Exilio

I. NAVIDAD

Año 1940... Un ruso blanco —un capitán hoy del ejército francés— es el jefe del campo de concentración de Argelés-SurMer. Es un tipo de militar feo, gordinflón, miope. Es brusco y antipático, acechador. Cuando viene con aire de jabalí furioso y herido al interior de las alambradas siempre lleva en la mano un látigo, como un domador de fieras en el circo... No es ningún secreto para nadie que nos odia. Estas mañanas de invierno, azuzando a sus perros negros, nos hace levantar muy a menudo al despertar el alba y nos obliga a todos, enfermos, inválidos, mutilados y viejos —es todo lo que ahora resta en el campo— el brazo útil se agota en los remos de las galeras del Estado—, a formar al aire libre... Y debajo el cielo desnudo y el frío glacial de las montañas de la frontera pirenaica, allí nos tiene inmóviles y de pie hasta que alguno empieza a desmayarse. Otras veces ya no es simplemente con la excusa de que se va a pasar una revista, sino que nos manda a gritos a marchar a través de la playa, en riguroso orden y en larga y extensa fila, igual que una silenciosa y dramática manifestación de obreros sin trabajo en la vía pública...

—Eso es "La Marcha del Hambre" —murmura uno.

—"¡La marcha de la Muerte!"—responde otro.

Sí. El quiere que nos vayamos a España... Y por eso idea todas las maniobras increíbles e inimaginables para aburrirnos y atosigarnos. Hoy ni siquiera ya nos dan de comer. Nuestros rostros pierden su color natural y nuestro cuerpo se vuelve cada vez más huesudo, esquelético. Uno deja de ser lo que es, pierde el vigor y la esperanza. Aterroriza pensar lo que fuimos un día... Entre nuestras fotografías de ayer y el espejo de hoy existe un contraste cruel, sombrío, abismado. El fantasma de nuestro ser es el que se mueve, el que anda, el que a veces grita, el que a veces llora.

Es un cementerio sin cruces ni tumbas, de cadáveres vivientes.

* * *

Hoy es Navidad... La comida es peor que los otros días. Agua hervida y unas rodelas de zanahoria que flotan en el plato y nada más. Un mendrugo de pan y ni una pizca de carne siquiera. He llorado, en silencio, recordando los míos y la tierra.

Y tal vez este verdugo de nuestras vidas, exhibiendo un sentimiento tierno y religioso, esta tarde de evocaciones y de nieve entrará del brazo de su señora a una iglesia a besar al niño Jesús...

II. PRIMAVERA

I

Horizonte... Allí, a lo lejos, a los pies de la montaña, corre serpenteando y veloz un tren. Tras de él va dejando, hermosa y frágil visión de su paso, un floreo de nubecillas blancas y tenues evaporándose en el espacio como un sueño.

—Un tren...

A los ojos de un niño—alba y avecilla— es un espectáculo alegre e ilusorio de un día de Ferias. En cambio a los ojos míos es hoy una nostálgica evocación del hogar y del amor.

* * *

Un tren.

¿Es una carta?

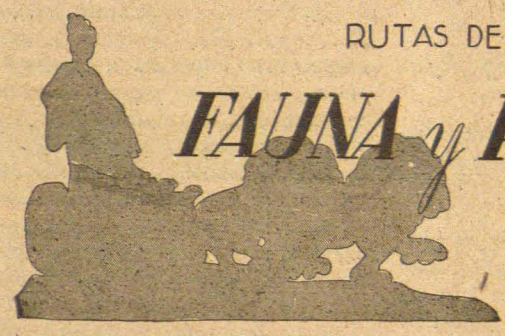
II

Esta tarde de Mayo—tarde dominguera, de golondrinas y flores—soy esclavo de su perfume... Las ilusiones vuelven a renacer en el jardín de la Naturaleza. Su ausencia es espíritu tierno, amoroso. Imágenes puras y cándidas brillan, como estrellas, en el cielo de la noche de mis sueños de poeta. Nunca había amado la poesía como ahora... Y yo no sé si es que me vuelvo cada día más hombre, o si es que me vuelvo cada día día más niño. Las palabras florecen suaves y armoniosas como si hubiese una sinfonía en mi alma... Quiero estar contigo, solo, espiritualmente. Quiero adormecerme unos instantes entre las olas misteriosas del recuerdo y de la fantasía. Es que yo te amo; y tú eres bella, frágil, delicada. Frágil y delicada como una mariposa de Luz.

"Flor deliciosa en la memoria mía,
ven mi triste laúd a coronar,
y volverán las trovas de alegría
en sus ecos tal vez a resonar..."

A. CABRUJA-AUGUET

RUTAS DE MADRID



FAUNA y PAISAJE

XIX.—LA MARIPOSA QUE GOYA OLVIDO

Noches de mayo de Madrid...

La dramática escena está alumbrada por un farol grande y sin adornos: sus cuatro ámplios planos de cristal y las cuatro aristas finas, pero duras de sombra; nada más.

El farol ha quedado en el suelo para que sean certeros los fusilamientos. Al fondo, una nocturna silueta de la Villa de Madrid. El fuerte foco de la escena, con su tono blanco y amarillo, se ha fijado principalmente en aquel patriota de la camisa blanca, desgarrada, los ojos en espanto y los brazos abiertos en "V".

Los fusileros franceses de la fila, de morriones ampulosos y charreteras sonoras colgando del cinto, avanzan simétricamente el pie izquierdo con el ángulo de la rodilla; pero avanzan con mayores ánsias de puntería las armas de bayoneta calada.

Sangre y muertos en el suelo de la Moncloa, con montón de trapos ensangrentados. Horror, pánico, protesta viva en los patriotas que van a caer. Hay desconcierto en el martirio. Les falta, es verdad, aquel halo de consuelo que San Mauricio ofrece a sus huestes en el cuadro del Greco, de El Escorial.

Y si es en mayo, y es de noche, y hay una luz, y estamos en las afueras de Madrid ¿por qué no aceptar que allí falta una mariposa que se enciende, pasa y se apaga?

Goya no es pintor de mariposas; no es pintor que adorna con una finura artificiosa, con una galanura trivial, sus telas; no es capaz de entretenerse con un picadillito del pincel; ni para el cuello de encajes de la Duquesa de Alba. Pero a nosotros no se nos escapa que muy bien, por la Montaña del Príncipe Pío, pudo atravesar la escena una mariposa; porque recordamos las noches de mayo de las afueras de Madrid; porque recordamos los faros del "auto" por la Cuesta de las Perdices.

Pasan los tiempos. Cae el siglo de Goya y avanza el nuestro, cargado de guerras. La mariposa sigue revoloteando; la hemos visto, aleluya de primavera, con su vuelo antideportivo. Y allá la hemos dejado, pero sin olvidarla.

Soñamos con ella. Nos obsesiona. Los fusilamientos de Goya no es un cuadro de Historia que en la Historia se haya quedado. Es un cuadro que vive, porque vive la mariposa que el pintor quiso olvidar.

¿Fué un sutil acierto de Goya prescindir de su presencia?... Si la hubiera pintado, hubiérase quedado estática la escena. No la pintó; nos deja a nosotros que la imaginemos; y la vemos cruzar el lienzo trágico con demasiada frecuencia.

Corre el año 39, el 40, este del 45... la mariposa vive aún. La luz blanca y amarilla del farol la alumbra en relámpagos dramáticos. Las descargas siguen sonando...

ANTONIORROBLES

ESPAÑA YACENTE

OTRA VEZ LAS BATUECAS

Parece ser que en el páramo literario de la España franquista ha surgido un novelista que acusa talento y estilo original. Así lo proclaman, cuando menos, los frutos que, en plena juventud, ha rendido ya, al decir de algunas noticias periodísticas que saludan con alborozo al nuevo escritor. Se llama Cela y es gallego, como don Ramón del Valle Inclán, a quien —sin duda con un poco de hipérbole— se le compara. Sin embargo, hay algo que habla, de manera indirecta, en favor del escritor, y es que una de sus novelas, la mejor lograda literariamente, ha merecido la prohibición episcopal. Con la Iglesia hemos dado. ¿Habrá en el libro condenado alguna escena de amor reflejada demasiado a lo vivo, que haya escandalizado los pudores seniles del Primado? ¿Asomará en sus páginas, sutilmente embozado, algún brote de herejía? ¿Rezumarán humorismo volteriano? No lo sabemos porque los partos intelectuales del novelista nos son desconocidos. Pero, en fin, tenga el origen que tuviese, la prohibición episcopal no hace más que demostrar que España ha vuelto a su vida tradicional, católica, apostólica, romana, pudibunda, frailuna y, gracias a Dios, libre de curiosidades malsanas. El Diablo no tiene en la España franquista nada que hacer, por lo menos con permiso oficial, no obstante ser el Diablo el más genuino producto del catolicismo. Muy caro ha comprado España ese remansamiento espiritual en que hoy dormita, libre de toda veleidad filosófica, pero el empeño bien valía la pena del sacrificio. Para ventura suya, los españoles han retrocedido a los días benditos en que Larra —aquel impío, que hoy andaría haciendo de refugiado— escribía sus cartas de las Batuecas. "¡Oh ingenios limpios —exclama Larra— los que no tienen que enseñar! ¡Oh entendimientos claros los que no tienen nada que aprender!" Y le contaba a su amigo Andrés el ejemplar diálogo sostenido con los cuatro batuecos a quienes inútilmente trató de arrancar de la dulce modorra en que vivían:

—Aprenda usted la lengua del país; coja usted la gramática.

—La *parda* es la que yo necesito, interrumpió el primer batueco.

—Escriba usted la lengua con corrección.

—¡Monadas! —respondía el segundo—. ¿Qué más dará escribir *vino* con *b* que con *v*? ¿Si pasará por eso de ser vino?

—Cultive usted el latín.

—Yo no he de ser cura ni he de decir misa.

—El griego.

—¿Para qué, si nadie me lo ha de entender?

—Dése usted a las matemáticas.

—Ya sé sumar y restar, que es todo lo que necesito para arreglar mis cuentas.

—Historia natural. La botánica le enseñará el conocimiento de las plantas.

—¿Tengo yo cara de herbolario? Las que son de comer, guisadas me las han de dar.

—Humanidades, bellas letras...

—¿Letras? De cambio; todo lo demás es broma.

"Bendito sea Dios, Andrés, bendito sea Dios —resumía Larra— que se ha servido con su alta misericordia aclararnos un poco las ideas en este particular. De estas poderosas razones trae su origen el no estudiar, del no estudiar nace el no saber, y del no saber es secuela indispensable ese hastío y ese tedio que a los libros tenemos, que tanto redunda en honra y provecho y sobre todo en descanso de la patria".

Eso pertenece a la primera carta, aquella en la que Larra sienta la proposición cierta de que "en este país no se lee porque no se escribe, y no se escribe porque no se lee". La segunda está dedicada a la saludable costumbre del silencio. "Buenos días, don Prudencio; ¿qué hay de nuevo? —Tsí, calle usted, me dice con un dedo en los labios—. ¿Que calle? —Tsí; y se vuelve a mirar en derredor—. Hombre, si yo no pienso decir nada malo. —No importa, calle usted. ¿Ve usted aquel embozado que escucha? Es un esp... un sop... —¡Ah! —Que vive de eso—. ¿Y se vive de eso en las Batuecas?—Ese es un hombre que vive de lo que otros hablan, y como ese hay muchos; así que todos estamos reducidos aquí a no hablar; mírenos usted oscuramente envueltos en nuestras capas, hablando por dentro del embozo, desconfiando de nuestros padres y de nuestros hermanos... Parece que hemos cometido todos o vamos a cometer algún delito... Imite usted nuestro ejemplo, que en ello le va más de lo que le parece". ¿No se diría que Larra está retratando, con pincel benigno, a la España actual? ¿Escribir, hablar, pensar? ¿Para qué? Toda la sabiduría del mundo y de la vida está concentrada en el catecismo del Padre Astete, y fuera soberbia aprender más. Afortunadamente los Pirineos han vuelto a cobrar su verdadero papel desde que los nacionalistas alcanzaron la victoria. Porque el papel de los Pirineos no es, como algunos creen, el de separar geográficamente a España de Francia, sino el de impedir que España sea invadida por las filosofías extranjeras. Todos los aires innovadores que llegaron desde Europa le fueron nocivos a España. De ahí el grito simbólico, en el que alientan todas las virtudes del ancestro, con que los restos vivientes del inmortal general Millán Astray definen el alma de la España presente: "¡Muera la inteligencia!" Ante tan recia voz nuestro pasado se enderezó en la fosa y aplicó el oído convencido de que había llegado la hora de la resurrección. Y el buen Padre Crisógono, que abreva en las mejores fuentes, y al cual nos hemos referido en otras ocasiones, nos brinda luminosos ejemplos de lo que España debe ser; de lo que, gracias al glorioso Movimiento, es ahora ya. Lo primera que el Padre Crisógono pide es autoridad, porque la falta de autoridad es causa infalible de insubordinación y de desorden. "En España —dice— empezamos a ser indisciplinados cuando desapareció de las alturas aquel poder fuerte y autoritario, que con un movimiento de cabeza o un simple gesto de la cara marcaba inflexiblemente los destinos de los individuos y del pueblo. Entonces, bien clavada en todos la idea de que los reyes mandaban en nombre de Dios, y convencidos de que el rey hacía honor a su autoridad, nadie se atrevía a salirse de su obediencia". Luego unidad. Pero la unidad política sólo puede estar garantizada por una férrea unidad religiosa que niegue todo derecho al disidente y, si es menester, lo suprima. En suma, lo que el buen Padre Crisógono quiere es un Estado teológico en el que la Iglesia sea la verdadera depositaria del poder, que sólo por delegación suya, y a su servicio, deberá ejercer el Príncipe. Y cuando esa obra está tan adelantada ¿van a quebrantarla con relajamientos de la moral o del dogma los escritorzuelos? Venturosamente, el celoso episcopado está vigía y el novelista Cela tendrá que hacer acto de contrición arrojando al fuego sus novelas o conformarse con que se lean cuando se traduzcan al francés. En España no. Las Batuecas están inconmovibles y las habilidades del maligno no prevalecerán contra ellas.

FRANCISCO CATALAN

Máscaras

Todo el año es carnaval

Algunos informadores, al parecer en serio, apuntan la posibilidad de que Franco rompa sus relaciones con Alemania y hasta de que haga una declaración formal de guerra al Eje. De ese modo —se argumenta— el caudillo tendría derecho a figurar en las conversaciones de paz y a ocupar un puesto en la conferencia que las Naciones Unidas convocarán próximamente en San Francisco. Repentinamente hemos recordado que estamos en Carnaval y una sonrisa comprensiva nos ha iluminado el rostro. Y no porque nos parezca desatinado suponer en el caudillejo tales propósitos, que no lo es. Al contrario, Franco pagaría ahora el precio que las NN. UU. quisieran imponerle, por alto y humillante que fuera, a cambio de que se le consintiese seguir cabalgando sobre España. Hay pruebas abundantes de ello. Perdidas todas sus apuestas en el paño totalitario, Franco pugna por conseguir que se le admita, aunque sea con repugnancia, una tímida postura en el paño de las democracias. "Ya veis —diría con las manos abiertas y un aire inocente— como no soy lo que sospechábais". Y a renglón seguido pediría que le hicieran un huequecillo en el que pudiera colarse. Todo eso, en efecto, es perfectamente admisible en la estrategia política del caudillejo. Pero no basta querer. Hay que poder. Y naturalmente, sólo en Carnaval es hacedero que Franco se presente en el baile vestido de majo liberal y haciéndole guiños a la maja de la Democracia. Imaginamos que Churchill y Roosevelt, a pesar de ser tan bondadosos con ciertos pecadillos totalitarios, no tardarían en reclamar que fuera arrojado a la calle el intruso. Y no hablemos de Stalin, cuyo aire bonachón y la sonrisa que le florece bajo el espeso mostacho, ¡ay!, no serán nunca lo bastante alentadores para que el caudillejo se atreva a hacerle impúdicamente el amor, aunque bien lo quisiera. Porque aquello de la cruzada santa contra el bolchevismo, y de la División Azul, y del millón de soldados para aplastar a Rusia ¡está tan lejos ya! Claro es que esa maldita carta descubierta por un periodista fisgón —¡qué bien hizo él fusilando a Zugazagoitia y Cruz Salido!— ha venido a estorbar las cosas. Pero todo puede arreglarse con un poco de benevolencia. Por el caudillejo no ha de quedar.

Todo el año es Carnaval, dijo el clásico, y el antruejo autoriza muchas locuras y propicia muchas liviandades. Pero estamos en febrero, que era el mes en que terminaba el año en los tiempos de Numa Pompilio, y febrero, según la etimología, tiene origen sabino y significa "hacer expiaciones". Medite el caudillejo sobre eso de las expiaciones y del fin de año. Vale por un horóscopo. Probablemente, más que al baile de la Democracia, el caudillo va a asistir, como protagonista, al entierro de la sardina.—M.

UN MINISTRO DE FRANCO

Dato inédito de la biografía de Lequerica, ministro de Negocios Extranjeros

Hemos leído en la prensa la brillante biografía del ministro y casi sin quererlo hemos recordado detalles omitidos por los biógrafos de ahora, pero que nosotros para regocijo de nuestros lectores vamos a dar a la publicidad. Recordamos haberlos leído en la prensa francesa, allá por el año 1939, cuando Lequerica fué nombrado embajador de la España de Franco, en Francia.

Lequerica —decían los periódicos franceses— ha sido nombrado embajador en Francia. En Inglaterra este buen señor no podría ni entrar. ¿Por qué? Ahí va el dato.

Cuando Lequerica era joven, y joven maurista, fué enviado por sus padres a estudiar a Inglaterra. Se le recomendó debidamente al Marqués de Merry del Val, embajador de la Monarquía española en Londres y se le dió una buena cantidad de pesetas oro para que se desenvolviera en la capital británica.

El joven Lequerica al llegar a Londres se sintió deslumbrado. Recorrió la ciudad con aire de conquistador y buscó para alimentarse uno de los mejores clubs londinenses. Entró, se situó en la parte del fondo y solicitó un suculento almuerzo que restableció sus cansadas fuerzas. Al terminar, el camarero le entregó un ticket con el importe del almuerzo. Con ese ticket Lequerica debía pasar por la taquilla establecida en la puerta, pagar el gasto y tras ese pequeño gesto salir a la calle. Pero cuando el joven maurista se dirigía hacia la taquilla se encontró que en una mesa había unos amigos que le llamaban. Se sentó con ellos y ante la pregunta de un camarero, pidió un café. Mientras sorbía el aromático líquido y contemplaba el ticket que el camarero le había entregado concibió una idea genial. Se levantó, salió hacia taquilla, se guardó en el bolsillo el ticket del almuerzo y pagó el del café, saliendo a la calle.

El joven Lequerica sonrió satisfecho. ¡Soy un vivo! se dijo con la más profunda autoadmiración.

Y día tras día repitió la hazaña en el mismo club. Almorzaba o cenaba al fondo, tomaba café junto a la puerta. Pagaba el café y se ahorraba el almuerzo. Hasta que un día fué capturado con las manos en la masa. La policía, sin atender a su inteligencia, ni a su maurismo, ni a su amistad con Merry del Val, le detuvo, le llevó a la Comisaría más próxima, y le lanzó a un calabozo con otros rateros de su misma especie...

Y Merry del Val tuvo que intervenir para evitar el escándalo. Gracias a sus gestiones Lequerica no fué condenado a pena de prisión. Pero como las leyes inglesas son terminantes, el joven Lequerica tuvo que salir de Inglaterra, expulsado por ladrón. Nosotros no ponemos el calificativo. Lo puso un juez inglés, bastantes años atrás, cuando Lequerica era joven maurista...

Ahora Lequerica, entrado en años, y franquista por añadidura, es Ministro de Negocios Extranjeros del gobierno siniestro de Franco. Suponemos el conflicto que se armaría si tuviese que marchar a Inglaterra a resolver algún problema de tipo internacional. A pesar del deseo de Mr. Churchill, a lo mejor aparecía un juez inglés, con su blanca peluca y su negra toga, pretendiendo cumplimentar de nuevo el decreto de expulsión del ladrón diplomático.

"Lealtad", Montevideo.

Por la República Española

La democracia cubana pide a los Cancilleres que van a reunirse en México la ruptura de relaciones entre América y el general Franco

El Comité de Parlamentarios Cubanos pro República Española, constituído por iniciativa del delegado de la Junta Española de Liberación en La Habana, convocó a una reunión, que se celebró el día 12 en el salón de mayorías del Capitolio, a todas las organizaciones de españoles republicanos existentes en aquella isla y, además, a la Confederación de Trabajadores, a la Federación Estudiantil Universitaria y a las Logias Masónicas. Los delegados concurrentes fueron más de cincuenta, figurando entre ellos el delegado de la Junta Española de Liberación, don Pascual Morán y sus asesores, señores Del Llano, Millares Vázquez y Miranda. Presidió el senador don Agustín Cruz, a quien acompañaban los también senadores señores Santovenia, Agüero, Domingo, Suárez, Fileno de Cárdenas y Ochoa. El doctor Cruz, explicando el objeto de la reunión, dijo: Que próxima a celebrarse en México la conferencia de cancilleres, el Comité de Parlamentarios estimaba conveniente gestionar del Gobierno cubano que instruyera a su delegación para plantear en el seno de dicha conferencia la ruptura de relaciones diplomáticas con el régimen de Franco, procurando obtener que dicho paso se dé de forma conjunta por todas las naciones de América, y que a tal fin buscaban la solidaridad de todos los republicanos españoles, así como de los trabajadores, estudiantes y masones cubanos.

Se acordó en principio organizar un acto de masas que habrá de verificarse en La Habana en fecha coincidente con la reunión de cancilleres en México.

Además se aprobó el siguiente documento:

"El sentimiento democrático cubano y el espíritu de solidaridad con las Naciones Unidas que anima a las mayorías nacionales no pueden estar satisfechos mientras confronten la existencia, tanto en nuestra América como en España, de regímenes antidemocráticos que pugnan por todos los medios por extender su influencia en los pueblos libres del hemisferio occidental.

La solidaridad de las naciones democráticas de nuestra América y su defensa común, demandan de una manera inaplazable, que se expulse radicalmente del hemisferio los focos de penetración nazifascista que aún quedan rezagados en algunos países del mismo.

La peligrosidad del mantenimiento de esas avanzadas del totalitarismo de América, ha sido denunciada reiteradamente, y no sólo tiene una expresión elocuente y viva en el régimen de Farrel-Perón, de la Argentina, sino que se extiende, sin que podamos precisar sus ramificaciones ciertas, a través del espionaje que los agentes diplomáticos y consulares de la España franquista vienen desarrollando en nuestros países.

Una acción conjunta de los gobiernos representativos de los países democráticos de nuestra América contra el régimen falangista de Franco, propiciando un rompimiento unánime de relaciones diplomáticas con España, contribuiría grandemente a barrer de Europa el último reducto de influencia nazi, arrasando con toda manifestación totalitaria, y propiciaría una unión más íntima, tanto económica como social, de nuestras Repúblicas, que están constantemente amenazadas por la labor disolvente de la Falange.

El Comité Congresional pro República Española, previa audiencia solicitada del señor ministro de Estado, le comunicará el acuerdo de esta reunión, en el sentido de consultar a los países democráticos de América sobre la conveniencia de realizar una acción conjunta de los mismos, encaminada a romper las relaciones diplomáticas con la España de Franco, aprovechando la oportunidad de la reunión de la conferencia de México".

Santiago de Cuba

Elección de Consejo Administrativo en el Centro Republicano Español

El Centro Republicano Español de Santiago de Cuba eligió su Consejo Administrativo para el año en curso. Fueron designados los siguientes señores:

Presidente: Julián del Agua Castro; Vicepresidente: Pedro Garriga Castelló; Tesorero: Luis Burguera Noguera; Vicetesorero: Francisco Ibarra Martínez; Secretario: Alfonso Rodríguez Dranguet; Vicesecretario: Estanislao Díaz Sánchez.

Vocales: Manuel Díaz Armesto, Joaquín Costa Sayeras, Ramón Lloreda García, Luis Pérez Rubio, José Tamargo Rodríguez, Manuel Castellanos Corrochano, Juan Junyent Cerdá, Saturnino Conde Presas y Rolando Soria Ramos.

A todos ellos les enviamos nuestro cordial saludo.

Espejo

Una estampa de la España Nacional

Todavía hay quien sostiene que los republicanos españoles son comunistas. Así lo afirma, con título a todo lo que permite la página, un titulado escritor católico, Luis Barrantes Molina, en el que dice ser el órgano del catolicismo argentino.

Comienza este sujeto afirmando que los republicanos españoles andan por el mundo sirviendo unos al comunismo y gastando otros en buenos hoteles "el dinero que usurparon a sus dueños". Dice después que algunos republicanos dirigen ataques al comunismo, pero lo hacen para despistar, según Barrantes sabe muy bien. Más adelante, para probar que los republicanos son comunistas, escribe lo que era la República en los dos párrafos que copiamos.

"La desigualdad nunca fué tan acentuada en España como en los tiempos de la tiranía roja, cuando los partidarios del gobierno eran una casta privilegiada en que abundaba el dinero, los comestibles y la ropa saqueados impunemente de los bancos y de las casas particulares, mientras que monárquicos y católicos perecían de necesidad; eran tratados como parias, cazados como fieras, asesinados y aun quemados sin proceso, en tribunales secretos, presididos por forajidos habituados al crimen.

La democracia que procura la ascensión intelectual y social del pueblo funda escuelas y apoya toda obra de difusión científica, pero los republicanos españoles clausuraron miles de colegios y escuelas (muchas de éstas gratuitas), sin que ellos fundaran ninguna. Como los primeros comunistas rusos, los republicanos de España demostraron una gran afición al oscurantismo y a la ignorancia, pues incendiaron varias bibliotecas, destruyeron obras de arte, observatorios y laboratorios científicos y asesinaron a millares de sabios, eclesiásticos y escritores e intelectuales y dejaron que el pueblo se embruteciera en las orgías y en la crueldad y en la pornografía. Un pueblo retrógado y bestializado no es apto para la libertad y la democracia".

Hemos copiado esos dos párrafos para que el lector advierta cuán fácilmente se puede construir una vibrante diatriba contra la República: basta con enumerar los actos de los "nacionales" sublevados el 18 de julio y artibuirlos a la República. Porque difícilmente podría señalarse con mayor precisión lo que ha ocurrido y viene ocurriendo en la "España nacional".

"Lealtad", Montevideo.

Don Alvaro de Albornoz, presidente de la Junta Española de Liberación

Don Alvaro de Albornoz ha sido designado presidente de la Junta Española de Liberación, cargo en el que sustituye a otro insigne republicano: don Diego Martínez Barrio, cuyo apartamiento de las tareas de dicha entidad, decidido por el partido en que milita, deploramos vivamente.

No necesita ser presentado a los republicanos y socialistas adheridos a la Junta Española de Liberación su nuevo presidente, una de las personalidades más destacadas y conocidas del republicanismo español.

El nombre de Alvaro de Albornoz va unido a todas las luchas liberales de España desde comienzos de siglo. Abogado eminente, escritor de recio y personal estilo, gran orador, hombre de estudio y de acción, llevó a la vida política española, desde los comienzos de su actuación, las inquietudes, el fervor patriótico, el entusiasmo creador y revolucionario de la juventud universitaria de su época.

Fué diputado republicano en las Cortes de la monarquía, a la que combatió desde el escaño parlamentario, desde las tribunas populares y desde las columnas del periódico y las páginas del libro.

Durante la dictadura primorriverista fundó con Marcelino Domingo el gran Partido Radical-Socialista y formó parte del Comité Revolucionario que se convirtió el 14 de abril de 1931 en Gobierno provisional de la República. Sirvió a ésta rigiendo los ministerios de Fomento y de Justicia y ocupando más tarde la presidencia del Tribunal de Garantías Constitucionales, cargo que renunció, en un ejemplar rasgo de dignidad y honestidad republicana, durante el bienio negro. Desempeñó la embajada de la República en París durante los primeros meses de la sublevación falangista y, terminado su mandato, regresó a España, prosiguiendo su actuación política desde las filas de Izquierda Republicana, cuya representación ostenta en la Junta Española de Liberación.

En nombre de ésta recorrió hace pocos meses gran parte de los países de la América Española, realizando una intensa labor de propaganda y de activa y fructífera relación con los gobernantes demócratas de dichos países.

La emigración no ha sido para él etapa de descanso y desaliento, sino de trabajo y entusiasmo, al servicio siempre de la República. Su pluma no ha permanecido ociosa ni su voz muda, acusando sin fatiga al régimen antinacional de Franco y presentando ante el mundo la realidad auténtica del drama español.

Bajo la presidencia de don Alvaro de Albornoz, la Junta Española de Liberación conserva su misma composición política: los ex ministros de la República don Félix Gordón Ordás y don Bernardo Giner de los Ríos asumen, como vocales propietarios y suplentes, respectivamente, la representación de Unión Republicana en la Junta.

Tampoco necesitan ser presentados los nuevos vocales. Ambos son sobradamente conocidos por su limpia y larga historia republicana. Mediante tan valiosa colaboración, la Junta continuará sus trabajos con igual intensidad y eficacia en los trascendentales momentos presentes, en los que el problema español ha de plantearse, con apremios dramáticos, ante el mundo.